

# La epopeya de la clausura

## Lectura en permanencia

Christopher Domínguez Michael

Preferiría yo celebrar aniversarios sin números redondos, pero la buena idea ya me la ganó hace mucho Enrique Vila-Matas en *Para acabar con los números redondos* (1997), así que me arriesgo a celebrar, extemporáneo, los 38 años de la muerte de José Lezama Lima (1910-1976), aunque sería mejor esperar al 19 de diciembre de 2015 para festejar sus primeros 105 años. Me resigno, una vez más, a conmemorar: tarea relativamente fácil tratándose de Lezama Lima, pues es de ese género de autores

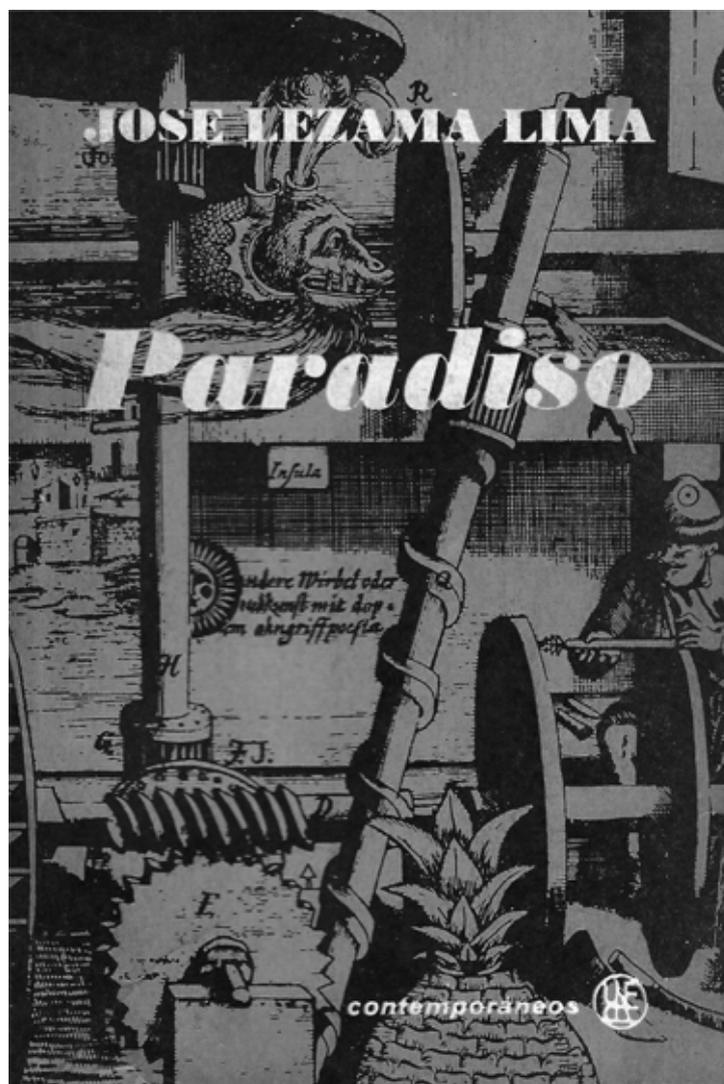
releídos en permanencia, de los que escasamente se puede afirmar que se releen puesto que cada vez el libro se abre en una página distinta y las palabras invariablemente significan otra cosa: libros mágicos en verdad.

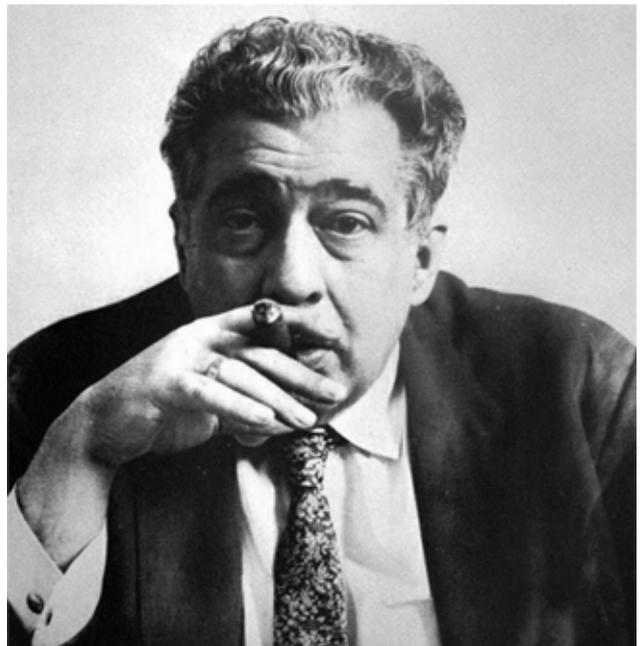
Por ejemplo, en la página 22 de mi edición de *Oppiano Licario* (1977), ese Fausto póstumo de Lezama Lima, alcanzo a leer —con insólito detenimiento debido a que ya estoy en edad de haberlo vivido— unas líneas que no estaban allí, lo juro, ni cuan-

do leí el libro por primera vez ni cuando lo hice en segunda instancia pero ahora han aparecido oracularmente. Dice Lezama Lima: “La delicadeza de la madre no tiene mejor símbolo que su afán por evitarle las pesadillas a su hijo, después de su muerte. Siempre veo a mi madre, después de su muerte, saliéndome al paso a las pesadillas que pudiera tener con ella. Me parece como si siempre estuviese en oración, para que yo pueda llegar a ella en su muerte, por medio del sueño, por medio del sueño para



José Lezama Lima





domesticar mi caos y guardar un hilo en la imagen de su reencuentro”.

A veces Lezama Lima fastidia hasta la saciedad (alguna vez David Huerta me habló de ella y otras analectas) pero es ese harzago el estado previo a las verdaderas epifanías, las que no se sabe exactamente qué significan, como decía Severo Sarduy, el discípulo tibetano de Lezama Lima, refiriéndose al haz luminoso que antecedió al momento en que recibió la noticia de la muerte de su maestro.

En fin, dejo el tono lírico, que no me sienta nada bien, y paso a enumerar al menos tres de las obras a frecuentar sobre el poeta cubano. La primera, por su dimensión y propósito, es el *Diccionario. Vida y obra de José Lezama Lima* (2000), tomo editado en Valencia cuya posesión en algo compensa mi frustración por no haber tenido nunca los recursos (ni la oportunidad) de hacerme de aquella edición facsimilar que de la revista *Orígenes* hiciera Marcelo Uribe a fines de los años ochenta del siglo pasado. El diccionario, íntegramente basado en conceptos y palabras extraídos literalmente de la obra lezamiana, lo realizó Iván González Cruz. Es una inagotable fuente de consulta. Veamos, casi al azar, qué dice Lezama de Saint-John Perse, su vecino de las islas: “La lluvia, en el poema de Saint-John Perse, para contemplarlo pronto en sus dominios, estrella de mar, medusa en el oído, acordeón líquido, poema, la lluvia es como la prueba acompañante de los reinos”. O veamos,

azarosamente, lo dicho en este diccionario en la entrada, tan lezamiana, de *Parque*: “El parque marca como un retiro y en su soledad donde se elabora el oro apagado del recuerdo”. Leamos, en fin, sobre el *Milagro*: “no es un hecho excepcional, la oportunidad de la gracia, sino un hecho tan cuantiosamente repetido que su repetición incesante es su propio milagro”.

Al diccionario sólo cabría reprocharle la falta de entradas biográficas, limitado a ser un nada despreciable recetario de citas, de especiosas citas lezamianas. En el sentido contrario, por su ánimo pedagógico, está *José Lezama Lima* (2001), de Ana Nuño, una introducción al autor de *Paradiso* (1967) que consta de un diálogo imaginario de la autora con Severo Sarduy y de una selección de textos. Más o menos todo lo que el lector debe saber, esquemáticamente, de la vida y de la obra de Lezama está en el resumen de Nuño: las pantagruélicas dimensiones del personaje, míticas lo mismo que gastronómicas, la empresa impar de *Orígenes*, las dos únicas ocasiones que Lezama salió de Cuba (a México y a Jamaica, lo que permitió escribir “Para llegar a Montego Bay”, uno de sus poemas mayores) y su ejercicio, tal cual lo vio Gastón Baquero desde el principio, como “rey oculto” de la literatura cubana.

Ana Nuño expone el taimado cerco, erizado de malentendidos, con que la dictadura castrista rodeó a Lezama, hombre que, como muchos de sus contemporáneos, ha-

bía depositado su confianza en la Revolución cubana. Ese es uno de los temas, si no el principal, con el cual Antonio José Ponte (1963) hilaba muy fino su fecunda trama crítica en *El libro perdido de los originistas* (Aldus, México, 2002), una de las buenas cosas que mi generación ha escrito en lengua española.

En la complicidad y en la distancia, Ponte dibuja con pocos trazos a Lezama Lima en relación con su gente: Virgilio Piñera, Lorenzo García Vega, Cintio Vitier, Eliseo Diego. Y el poeta queda registrado como un astro melancólico en cuya órbita se desplazan lo mismo Julián Casal, con sus trajes negros raídos en la eternidad, que José Martí con el gogoliano abrigo olvidado en Nueva York u ofrendado al destino. Martí, esa “superstición antillana”, como lo llamó Borges, examinada por Ponte preguntándose en cuánto le sale a una literatura mantener un genio nacional.

“Durante una entrevista”, dice Ponte en *El libro perdido de los originistas*, “preguntado acerca de su inmovilidad, Lezama habló de viajes más espléndidos que los interoceánicos, viajes que un hombre intenta por los corredores de su casa entre el dormitorio y el baño, desfilando entre parques y librerías. Son los últimos años de José Lezama Lima. Apenas sale de casa. Recientemente ha descubierto todo cuanto puede impulsar desde allí: una mano que enciende un interruptor en la pared inaugura una cascada en el lago de Ontario”. **U**